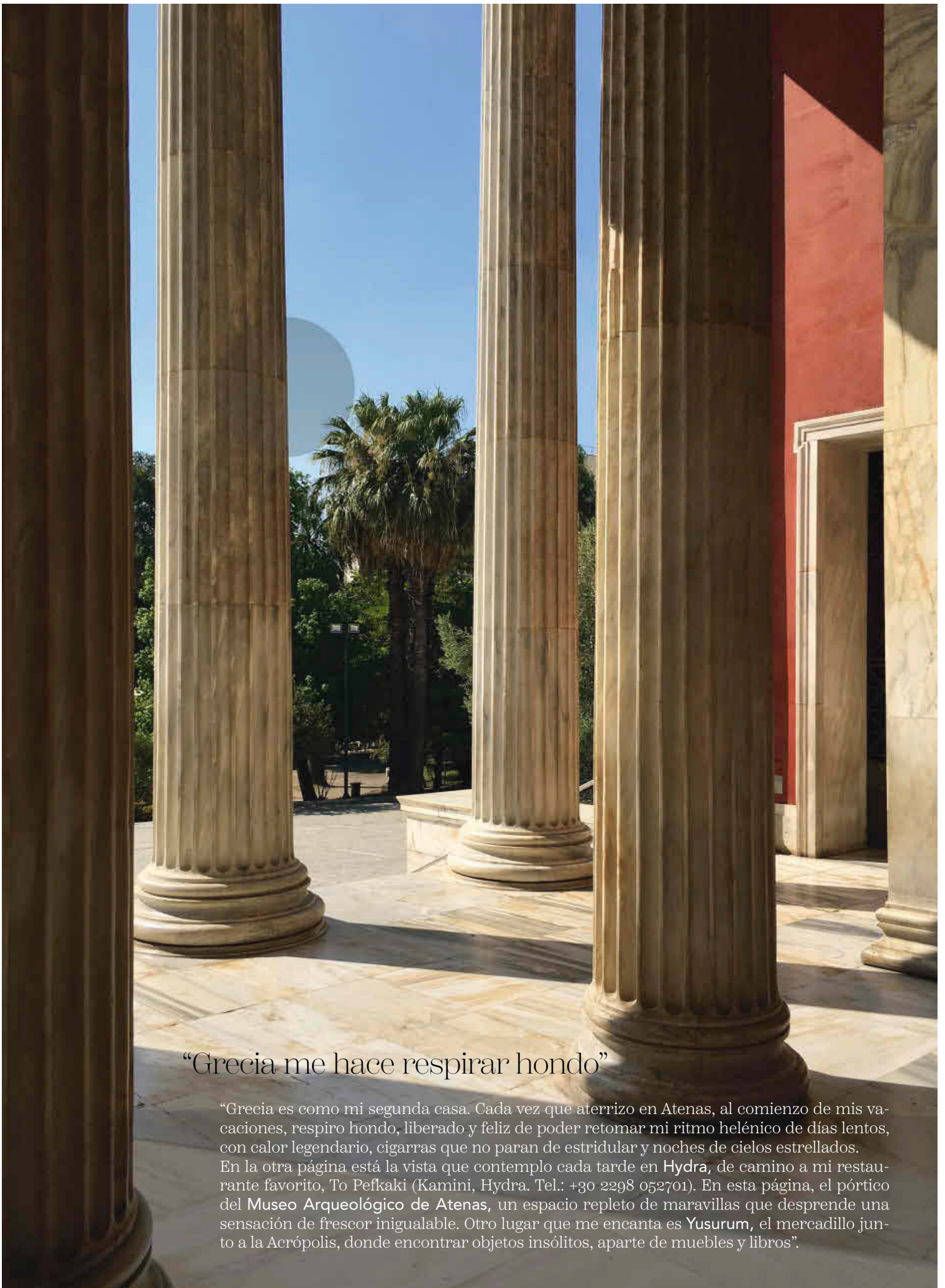


El cuaderno mediterráneo

de Miguel Flores-Vianna

Si cada cual contempla la vida a su manera, este fotógrafo la retrata desde su perspectiva más bella y a través de su móvil. Basta con mirar sus rincones venerados en GRECIA e ITALIA para contagiarte de su entusiasmo, seguir sus huellas y descubrir ese pequeño restaurante, ese parque o ese monumento que tejen la esencia de cualquier viaje.

—Vis Molina. Fotos: Miguel Flores-Vianna



“Grecia me hace respirar hondo”

“Grecia es como mi segunda casa. Cada vez que aterrizo en Atenas, al comienzo de mis vacaciones, respiro hondo, liberado y feliz de poder retomar mi ritmo helénico de días lentos, con calor legendario, cigarras que no paran de estridular y noches de cielos estrellados.

En la otra página está la vista que contemplo cada tarde en **Hydra**, de camino a mi restaurante favorito, To Pefkaki (Kamini, Hydra. Tel.: +30 2298 052701). En esta página, el pórtico del **Museo Arqueológico de Atenas**, un espacio repleto de maravillas que desprende una sensación de frescor inigualable. Otro lugar que me encanta es **Yusurum**, el mercadillo junto a la Acrópolis, donde encontrar objetos insólitos, aparte de muebles y libros”.

En memoria de un héroe

“Nauplia, en el Peloponeso, fue la primera capital del país después de lograr independizarse de Turquía. La iglesia de Santo Spyridon, en una callejuela medieval de la ciudad, tiene una simbología especial para los griegos, ya que fue ahí mismo, frente a las puertas del templo, donde unos asesinos terminaron, en 1831, con la vida de Ioannis Kapodistrias, el primer jefe de Estado de la Grecia moderna, héroe de la independencia y uno de los grandes estadistas de las primeras décadas del siglo XIX. Merece la pena, después de la visita, probar los famosos helados de Koustenis (Konstaninou, 16)”.





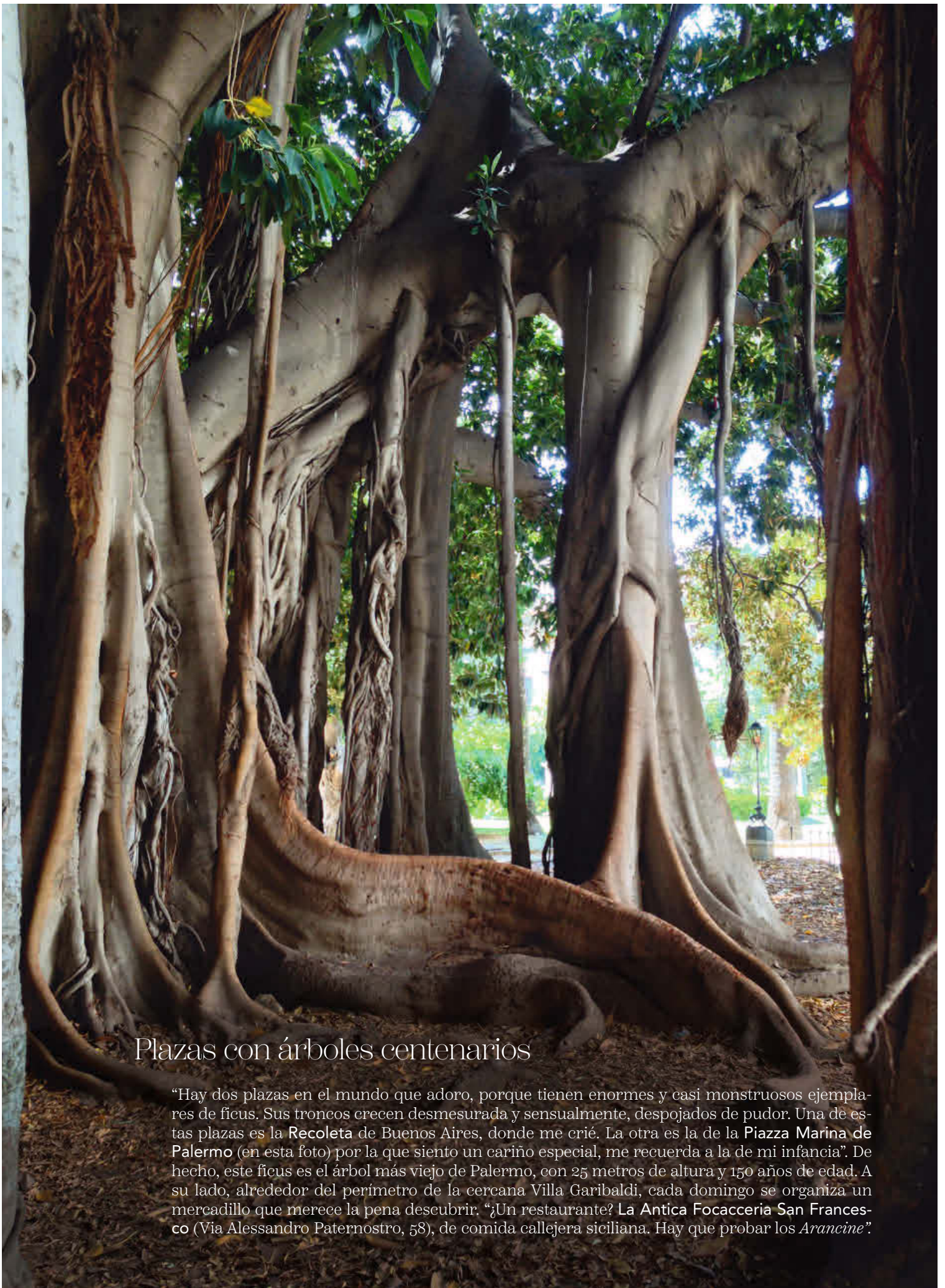
“Tesoros de mi amada Sicilia”

“Siento debilidad por Italia. Me gusta todo de ese país: su gente, su idioma, la gastronomía, la arquitectura ... Sicilia me fascina por la historia que respira, fueron tantas las invasiones que sufrió que todo ese bagaje cultural ha dejado una arquitectura interesantísima y variada. Me gusta perderme por las calles de sus ciudades y pueblos, donde cada rincón esconde algún tesoro, como el **patio de la Universidad de Catania**, con esos diseños magníficos en su pavimento, o el delicioso **Jardín Botánico de Palermo**, donde me topé con una espléndida exhibición de cítricos”. Basta contemplar la llanura de Catania, cerca del Etna, donde crecen las naranjas sicilianas sanguinas, alentadas por una tierra especialmente fértil. Un prodigio de cítricos inherentes al alma de esta región italiana, casi tanto como lo golosos que son los sicilianos: “En la isla hay excelentes pastelerías. La **Pasticceria Costa** (Via Gabriele d’Annunzio, 15) de Palermo, es famosa por sus helados y *cannoli*”.

Nápoles y su belleza clásica

“En uno de mis recientes viajes a Italia me dediqué a conocer a fondo el antiguo reino de Nápoles, un lugar de una belleza extraordinaria, acrecentada por su decadencia. Su **Escuela de Bellas Artes** tiene una galería dedicada a los modelos en yeso de esculturas clásicas, que me recordó a los europeos del norte que viajaban al Mediterráneo clásico -el llamado *Grand Tour*- y compraban infinitos recuerdos. Me entusiasman las memorias de los ingleses y alemanes que, al encontrarse con Italia y Grecia, llenaban sus almas de la belleza y la luz de los países meridionales. Aquí siempre visito el restaurante **Europeo di Mattozzi** (Via Marchese Campodisola, 4), en manos de la tercera generación, con platos de pasta y pescado deliciosos”.





Plazas con árboles centenarios

“Hay dos plazas en el mundo que adoro, porque tienen enormes y casi monstruosos ejemplares de ficus. Sus troncos crecen desmesurada y sensualmente, despojados de pudor. Una de estas plazas es la **Recoleta** de Buenos Aires, donde me crié. La otra es la de la **Piazza Marina de Palermo** (en esta foto) por la que siento un cariño especial, me recuerda a la de mi infancia”. De hecho, este ficus es el árbol más viejo de Palermo, con 25 metros de altura y 150 años de edad. A su lado, alrededor del perímetro de la cercana Villa Garibaldi, cada domingo se organiza un mercadillo que merece la pena descubrir. “¿Un restaurante? **La Antica Focacceria San Francesco** (Via Alessandro Paternostro, 58), de comida callejera siciliana. Hay que probar los *Arancine*”.



“Un buen viajero debe tener curiosidad, interés, intuición y humildad. Los argentinos solemos creernos que lo nuestro es lo mejor y viajando compruebas que... nada más lejos” (Miguel Flores-Vianna)

Después de hacer el Camino de Santiago en soledad y tomarse dos años sabáticos en una casa de campo perdida entre las colinas de West Sussex (Inglaterra), el fotógrafo de viajes, arquitectura e interiores, Miguel Flores-Vianna se reconcilió definitivamente con el campo, con el que mantenía una relación de amor-odio desde que, siendo adolescente, sus padres le obligaban a pasar todos los fines de semana bajo la sombra de los ombúes. “En Argentina, mi país, el campo es, sobre todo, soledad, porque hay enormes extensiones de terreno completamente despobladas. Yo no tengo hermanos, y mis fines de semana eran eternos. Los lunes, al llegar al colegio, mis amigos contaban todo lo que habían hecho y yo solo podía hablar de interminables caminatas”.

Su retiro en la campiña inglesa empezó sin móvil ni Internet, pero acabó con un iPhone en su manos. De ahí surgió la idea de recopilar sus fotos tomadas con el dispositivo y editar con ellas un maravilloso libro (*A Wandering Eye: Travels with my Phone*, Vendome Press) que es algo así como un cuaderno de viajes por medio mundo. “Recuerdo que, al comprar mi primer Smartphone, alguien me habló de Instagram-comenta Miguel-. Abrí una cuenta y de repente me di cuenta del poder inmenso de esta ventana al mundo. Muchas de las fotos que publiqué (ahora está inactiva) forman parte de este libro, en el que todas las imágenes están capturadas con mi móvil. Me atrae inmortalizar instantes y lugares”.

Iba usted para diplomático y acabó siendo fotógrafo...

Sí, estudié Literatura y Lenguas Clásicas en la Universidad de Cape Town (Sudáfrica). Al acabar, mi padre me animó a empezar la carrera diplomática. Nunca me interesó demasiado y el día que hice la entrevista para ingresar en la escuela, comprendí que no era para mí y hui... Entonces empecé a recorrer Argentina para realizar informes sobre el arte indígena para el Ministerio del interior y, después, me instalé en Estados Unidos (primero en Nueva York y luego en Los Angeles), empecé a trabajar como editor de revistas y en el año 2000 me dediqué a la fotografía.

¿Su pasión por viajar es algo genético?

Cuando tenía tres años a mi padre, que era cirujano, le ofrecieron hacer un curso en un hospital de París, así que nos trasladamos allí todos, incluida la nanny. A los dos meses mi nanny estaba harta de Francia porque



A Wandering Eye, travels with my phone (Vendome Press). En este libro, Miguel Flores-Vianna recopila multitud de sus viajes por el mundo, fotografiados con su móvil.

no hablaba el idioma, así es que regresamos ella y yo solos a Buenos Aires, donde permanecemos sin mis padres una temporada. Creo que eso marcó mi espíritu viajero, sumado al hecho de ser argentino. Mi país está lejos de todo, por eso nos gusta tanto movernos.

¿Reivindica el viaje en solitario?

Entre los 18 y los 40 años viajé por todo el mundo, siempre solo. Sí, creo que es un buen aprendizaje, porque cuando descubres el mundo en solitario las experiencias son muy intensas. Cuando tenía 23 años leí *The Station*, de Robert Byron, un libro maravilloso en el que hablaba del Monte Athos y me marché allí. Está situado en una península oriental al sur de Grecia y es un estado autónomo. En el siglo IX este territorio se declaró zona santa y varias órdenes ortodoxas construyeron allí sus monasterios, a los que sólo pueden acceder hombres. Es un paraíso solitario y espiritual. Ese viaje me impactó muchísimo. Recuerdo que asistí a una misa y a la hora de persignarnos yo lo hice al estilo católico. Me echaron por no ser ortodoxo. No entendía qué pasaba, me gritaban en griego.

¿Qué otro viaje le marcó?

El Camino de Santiago. Lo realicé en solitario al poco de morir mi madre. Empecé en el sur de Francia y llegué a Santiago de Compostela. Durante esas semanas aprendí la importancia de la intuición, porque al principio buscaba continuamente las señales amarillas que marcan el Camino y luego ya no las necesitaba.

¿Qué cualidades debe reunir un buen viajero?

Curiosidad, interés, intuición y humildad. Los argentinos solemos creernos que lo nuestro es lo mejor y viajando compruebas que... nada más lejos.

Una ciudad que le fascine:

Estambul. Estoy enamorado de ella. Me gusta especialmente en verano porque huele a salitre y a flor de jazmín. Pero también en invierno, cuando la nieve cubre los minaretes de las mezquitas. Nápoles es otra ciudad que me encanta: la riqueza de su arquitectura es increíble. Grecia e Italia son dos países por los que siento especial debilidad.

Y gracias a sus años sabáticos en la campiña inglesa disfrutamos ahora de su último libro.

Sí, en 2012 decidí trasladarme a Europa y pasar un año viviendo en Inglaterra. Alquilé una casa en el condado de West Sussex, una zona preciosa con pequeñas colinas. No tenía ni coche, ni Internet, ni móvil. Me pasé el año paseando, escuchando la radio y haciendo fotos con una Polaroid. Así conocí muy bien la cultura inglesa. Disfruté tanto, que decidí quedarme otro año más. Luego me compré un iPhone, empecé a hacer fotos y de ahí surgió este libro.

¿Cuál es su viaje soñado?

Japón. He leído mucho sobre su cultura. Me encantaría asistir al Festival de Luciérnagas de Fussa, al oeste de Tokio. Ellas avisan de la llegada del verano. Los vecinos de Fussa las crían y cuidan en pequeñas jaulas durante el invierno. Al llegar el verano organizan este festival, en el que los vecinos van de noche al campo con las jaulas, las abren y las luciérnagas inundan todo con su luz mágica. **T**